

La independencia de Hispanoamérica en los territorios continentales. Una reflexión necesaria a dos siglos de distancia*

The independence of Latin America in the continental territories. A necessary reflection two centuries in a distance

*Joaquín Santana Castillo***

Fecha recibido: 02/09/09
Fecha aceptado: 28/08/09

Resumen

La conmemoración del Bicentenario de la Independencia de los territorios hispanoamericanos de la Corona española hace necesaria su reflexión. Un panorama que muestre los avatares en la consolidación de la independencia política y la transformación de las estructuras coloniales desde los diversos proyectos ideológicos de nuestra América, así como de las utopías de la identidad y la integración evidenciando a esta última como urgente para autonomía e independencia de América Latina son los objetos del presente artículo.

* Este artículo presenta una reflexión sobre el impacto de las transformaciones coloniales en la consolidación de una identidad e integración en Latinoamérica.

** Licenciado en Historia y especializado en Filosofía por la Universidad de la Habana, Cuba. Doctor en Filosofía de la Universidad de Humboldt, Berlín. Profesor Titular Pensamiento Latinoamericano y Cubano, Facultad de Filosofía e Historia- Universidad de la Habana. Contacto: santa@cubarte.cu

Palabras clave

Independencia, emancipación, bicentenario, colonialismo, latinoamericanismo, y panamericanismo

Abstract

The two hundred commemoration of the Independence in Latin America territories of the Spanish Crown make a necessary reflection. A panorama that shows troubles in the consolidation of the political Independence and the transformation of the colonial structures from the diverse ideological projects of our America, as well as the identity utopías and the integration to make evident this last one as an urgent matter for the autonomy and independence of Latin America is the objective of this article.

Key words

Independence, emancipation, two hundred years, colonialism, latin americanism and panamericanism.

Introducción

He preferido precisar en el título de mi artículo a qué parte de América Latina está referida la independencia alcanzada hace doscientos años no sólo por provenir como es conocido de una nación que no se sumó en 1810 a la gesta emancipatoria y que la inició junto con Puerto Rico 58 años más tarde, sino también porque esa hermana isla mantiene todavía hoy en día un estatus colonial. Por su parte, Brasil siguió un derrotero diferente que no debe ser valorado, al menos en mi criterio, en la misma medida y carácter que los procesos transgresores emancipatorios que tuvieron lugar en otros territorios continentales.

Ahora bien, ¿cómo pensar el bicentenario de la independencia de una región que ha sido encuadrada históricamente como subordinada y dependiente en todos los modelos y mapas de la geopolítica del capitalismo mundial a lo largo de más de 500 años? Colonialidad, colonialismo, neocolonialismo son conceptos ligados muy estrechamente a la historia y la realidad del continente americano. Con la conquista y colonización de los territorios de lo que hoy en día denominamos América Latina comienza un proceso histórico en que el emergente capitalismo se consolida y hace mundial generando un patrón de dominación planetario que impone reglas a las relaciones económicas productivas, a las relaciones sociales, raciales y étnicas¹, de género y al modelo científico cognoscitivo. De hecho este patrón de poder ha operado y opera en cada uno de los ámbitos y dimensiones materiales y subjetivas de la existencia social. El Capitalismo, la colonialidad como patrón de dominación-imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo y la Modernidad como proceso civilizatorio homogeneizador con predominio de la razón en todos los campos de la existencia social², nacen emparen-

-
- 1 Con América y el capitalismo se configuró un patrón de poder mundial cuyo basamento es la idea de raza en tanto que carácter de la estructura biológica y como asociación necesaria entre ésta y la producción cultural, en especial intelectual. De ese modo, las antiguas ideas sobre la "superioridad" e "inferioridad" de las gentes en relaciones de dominación, fueron "naturalizadas". Sobre esa base y durante los cinco siglos siguientes se clasificó a la población del planeta entre unos "naturalmente" superiores y otros "naturalmente" inferiores. Y esa clasificación fue articulada con la explotación y con la dominación, material e intersubjetiva. Sobre la base de la idea de "raza" se produjeron y distribuyeron las nuevas identidades sociales (**indio, negro, amarillo, aceitunado, blanco, y mestizo**) que fueron y en lo fundamental aún son el eje de distribución mundial de las formas de dominación/explotación/conflicto sobre el trabajo. Sobre la misma base se produjeron y distribuyeron también las nuevas identidades geoculturales (América, Europa, Asia, África, Oceanía, Oriente y Occidente) según las cuales se distribuyó el control del poder político y cultural en el planeta.
 - 2 Predominio de la razón en todos los campos de la existencia social, debido a la necesidad creciente de racionalización de los procesos económico-productivos. Razón que tiene como una manifestación de racionalidad instrumental, pero que no se reduce a ella. Junto a ésta se encuentra una razón emancipatoria o histórica. Desarrollo de las ciencias y la técnica. La ciencia deviene en la forma de conocimiento por excelencia. Aplicación de los descubrimientos científicos a la economía para desarrollar los procesos de producción y distribución a escala

tados al proceso de colonización y dominación imperial de América Latina.

Pero nuestra historia y nuestras realidades no se reducen a las colonizaciones. La colonización, la colonialidad y hasta cierto punto la imposición de un patrón de modernidad mimético de los modelos foráneos y ajenos a la realidad que se quiere modernizar le ha conferido en no pocas ocasiones un carácter monstruoso a nuestras sociedades. Mas en la misma medida que los conceptos antes mencionados, se asocian a nuestra historia otros que apuntan en la dirección opuesta, como lo son la utopía, la resistencia y la emancipación. Si bien emancipación, utopía y resistencia anteceden cronológica y factualmente a la constitución de América Latina como entidad nueva, no es menos cierto que los procesos que en su nombre se han desarrollado en esta región le han conferido un contenido novedoso y moderno a tenor de los cambios que experimenta el mundo a partir de la inserción de América Latina en el mismo.

Utopías, resistencias y luchas a favor de reivindicaciones y derechos políticos y sociales que se dan a la par que los ejercicios de dominación metropolitano y que se encuentran ya desde mediados del siglo XVIII con una de las manifestaciones de la modernidad en este caso la Ilustración un terreno fértil.

Aclimatada a estas latitudes, la Ilustración forjó un pensamiento emancipador que halló su culminación en las gestas por la independencia. Hombres como José Antonio de Rojas en Chile, Antonio Nariño en Santa Fe de Bogotá, José Baquijano y Carrillo en Lima, Miguel José Suárez en Caracas y Manuel Belgrano en Buenos

mundial. Sustitución de la concepción clásica de la política y de la legitimación teológica del poder por otra que privilegia los medios y no los fines. La política se transforma en técnica y como tal debe construir un aparato estatal y una burocracia eficaz para la conservación del poder. Homogeneización de hábitos y costumbres y la tendencia a su universalización

Aires, se cuentan dentro de los latinoamericanos que leyeron la Enciclopedia y otros textos prohibidos, y dieron fomento a las ansias de libertad. Nariño y Francisco de Miranda conspiraron y escribieron documentos de franca rebeldía política. José Antonio de Rojas, junto a los franceses Antonio de Gramusset y Antonio Bermey, proyectó en 1780 la creación de una república en la cual se aboliría toda desigualdad social y reinaría la más roussoniana virtud.

Peculiar resultó que muchos criollos ilustrados pasaron de precursores ideológicos a líderes políticos y jefes militares durante la lucha contra el yugo colonial. Merece señalarse que no todos los criollos que asumieron las ideas de la Ilustración fueron partidarios de la ruptura con la corona. Figuras como la del cubano Francisco de Arango y Parreño tipifican a aquellos sectores que abogaron por la modernización sin la emancipación política.

Aunque se deben ver los acontecimientos vinculados a la gesta emancipadora como un proceso, con un antes y un después que se vinculan íntimamente, vale decir entenderlo como un proceso de larga duración y no como un acontecimiento coyuntural o una suerte de hechos que pueden ser vistos de manera aislada y sin conexión, no es menos cierto que entre 1791, fecha de inicio de la primera revolución triunfante de esclavos en la historia universal y 1824 que queda derrotado el poder colonial español en la América Continental, se produjo en esta región un fenómeno cultural original e inédito. Subrayo lo de original e inédito no de manera casual. Estos movimientos revolucionarios eran autónomos y en su gestión y práctica emancipatoria y anticolonial desencadenaron un conjunto de fuerzas que en su despliegue y desarrollo convirtieron en realidad algo que a la vista de los poderes coloniales parecía imposible.

Pudiera aducirse que existía ya la experiencia anterior de la independencia de las Trece Colonias. Sin lugar a dudas que la misma influyó en los procesos que tuvieron lugar en Haití y sobre todo en

la América Hispana, pero lo que me interesa subrayar retomando una idea desarrollada por Habermas (Habermas, 1990) sobre las diferencias de la Revolución de Independencia Norteamericana con la Revolución Francesa. Es la última y no la primera, la que tiene que construir un nuevo orden burgués. Habermas señala que la revolución de independencia en Norteamérica no buscaba la construcción de una sociedad nueva y sí la restitución de sus derechos económicos y civiles, afectados por las nuevas regulaciones de la corona inglesa. Si esta lógica es cierta lo que sí resulta totalmente novedoso en el mundo americano son los procesos que tienen lugar al sur de las Trece Colonias. Haití con su revolución de esclavos victoriosa y la mayor parte de Hispanoamérica con los procesos que llevaron a la ruptura de los lazos de la dominación colonial hispana.

La proclamación de la independencia y la lucha por alcanzarla, vistas en la universalidad de su grandeza, fueron un gigantesco acto de transgresión y cambio revolucionario. Durante el transcurso de la misma se desplegaron numerosas contradicciones de los más variados matices y se intentó dar respuesta a un conjunto de cuestiones que, al no quedar resueltas, se arrastran, algunas de ellas, hasta nuestros días. No obstante tres cuestiones me parecen fundamentales en torno a los aspectos novedosos de carácter emancipatorio y anticolonialista logrados con la independencia.

En primer término se exigió y conquistó la independencia estableciéndose con ello un grupo de estados soberanos, al menos desde el punto de vista político. En segundo lugar se logró la deslegitimación de la condición servil y la esclavitud y se alcanzaron victorias en contra de las mismas. Por último dieron inicio al proceso de conformación de identidades nacionales, con intereses coincidentes en el rechazo al colonialismo y se pensaron a sí mismas como partes de un conjunto con intereses e identidad compatibles a pesar de las diferencias.

Cada una de estas cuestiones se encuentra estrechamente ligada formando parte de un proceso único en la búsqueda de la consolidación de la independencia y soberanía nacional, la democracia y la igualdad y participación social. La primera de ellas se refiere a la conquista de la independencia y al surgimiento de un grupo de Estados soberanos, al menos desde el punto de vista político. Señalo desde el punto de vista político, pues en el orden económico se mantuvieron o surgieron nuevas dependencias económicas con metrópolis europeas y después con los Estados Unidos de Norteamérica. De este estado de dependencia no debe deducirse la ausencia de proyectos modernizadores a lo largo del siglo XIX y XX. Es más, la búsqueda de la modernidad ha sido una constante de la política, la economía y la reflexión intelectual en las diferentes naciones de América Latina.

En el siglo XIX Latinoamérica se monta en el vagón civilizatorio, como después lo haría en el XX, para insertarse en los carriles del desarrollo. Si se toma como referente comparativo la modernidad alcanzada por la Europa industrial y los Estados Unidos de América, la experimentada por América Latina a lo largo del XIX tuvo rasgos peculiares. Curiosamente, las anomalías también se harían presentes en el ciclo recién concluido, en medio de la instrumentación de los diferentes proyectos de desarrollo. Algunos de los rasgos anómalos de la modernización decimonónica latinoamericana pueden resumirse de la siguiente manera:

1. Simbiosis entre latifundio y modernización. Lejos de comportarse antagónico con la modernización, el latifundio –y junto con él, todo el sistema de relaciones sociales que le acompañan– se mostró como una de sus condicionantes.
2. La oligarquía, en especial la agroexportadora, ante la ausencia de una burguesía nacional, facilita un tipo de modernización favorable a sus intereses. Se trata de una modernización proveniente fundamentalmente del exterior y

que no afecta de manera directa las estructuras internas. El proceso de modernización en América Latina institucionaliza y consolida las relaciones que, de acuerdo a una lectura histórica que toma como paradigma el desarrollo europeo, son características del llamado atraso.

3. Al ser realizada la modernización por vías externas, ésta se concentró en determinadas ciudades que perdieron tanto económica como culturalmente su contacto con las regiones interiores. La ciudad modernizada en un inicio por los impulsos exteriores devino en el modelo de civilización por excelencia que se oponía a la barbarie rural. Este fenómeno, reflejado de manera gráfica por la ensayística de la época y muy especialmente por el facundo de Domingo Faustino Sarmiento, daba inicio a una lógica dual que, con variantes, se prolonga hasta nuestros días.
4. La dominación oligárquica asociada a la modernización se mostró desde un principio como extremadamente autoritaria, y esto se reflejó en el tipo de gobierno fuerte, por lo regular dictatorial, que prevaleció en la mayoría de las repúblicas latinoamericanas a lo largo del siglo XIX. La civilización y el progreso no fueron las condiciones necesarias para la democratización de las relaciones políticas, sino que se comportaron contrario a lo previsto por las teorías liberales.

Los primeros pasos hacia la modernización en Argentina fueron emprendidos por la cruel dictadura de Juan Manuel Rosas. Por su parte, Porfirio Díaz, que llegó al poder encabezando un movimiento antirreeleccionista y se perpetuó en él por más de 30 años, encarna mejor que ningún otro dictador o caudillo latinoamericano esa extraña simbiosis entre las relaciones despóticas heredadas del período colonial y la modernización acelerada de los procesos

productivos. Bajo este estilo de dominación oligárquico sustentado por los intereses de grupos locales, México se convirtió en el país latinoamericano más favorecido por inversiones extranjeras. El grupo oligárquico más influyente fue el de los llamados científicos, una suerte de sector de intelectuales y hombres de empresa que rendía culto a la filosofía de Comte y de Spencer, sobre todo a la idea de progreso, a la que identificaban con la industrialización. Encabezado por José Yves Limantour, notable economista, financista y terrateniente, el grupo de los científicos proyectaba la política económica que sería implantada por el Estado. Por lo regular, los gobiernos dictatoriales, apoyados desde el exterior por las naciones más industrializadas e internamente por las oligarquías más intransigentes, abrigaban sueños modernizadores que, al ser aplicados a nombre de la civilización y el progreso, se convertían en una verdadera pesadilla para las masas desposeídas y las comunidades indígenas.

Fue en este complejo entramado de relaciones políticas, económicas y sociales donde se gestó una atmósfera intelectual que empalmó perfectamente con la filosofía y sociología positivista importada de Europa. Este positivismo latinoamericano permeado de un evolucionismo social, cuyo rasgo principal desde el punto de vista conceptual era el ascenso progresivo de lo superior, propugnó la destrucción de las relaciones consideradas como inferiores, vale decir no modernas. De ahí el famoso lema de la civilización contra la barbarie que, dada la existencia de una población indígena difícilmente asimilable al proyecto de modernidad que se pensaba construir, adquirió un marcado matiz racista.

Ya en el siglo XX los procesos y proyectos modernizadores se agrupan bajo el pensamiento desarrollista que encontró en la CEPAL y Raúl Prebisch a sus principales pero no únicos exponentes, pues interpretaciones desarrollistas se encuentran también en la antropología y la sociología de la modernidad. La reaparición del estilo de

pensamiento desarrollista en el escenario latinoamericano respondía además a complejas condicionantes económicas y sociopolíticas que experimentaron las naciones del subcontinente a partir de la segunda década del siglo pasado. De manera sucinta, estos factores pueden resumirse como sigue:

1. El ascenso de los sectores medios y el despertar de la sociedad civil con el desarrollo del movimiento obrero y el movimiento estudiantil.
2. La entrada en la arena política del populismo nacionalista y el establecimiento de gobiernos de esta filiación.
3. La consolidación de los procesos de institucionalización académica con el surgimiento de nuevas carreras en las disciplinas de ciencias sociales, y de centros especializados dedicados a la investigación y la docencia.
4. El despegue de un proceso de industrialización como respuesta defensiva a los efectos de la crisis económica mundial de los años 30. Este proceso, concebido a corto plazo, aspiraba a sustituir parcialmente las importaciones y se hizo posible gracias a los capitales acumulados anteriormente por sectores de la oligarquía exportadora.

El pensamiento desarrollista encontró entonces condiciones socioeconómicas y apoyos institucionales para un nuevo despegue. Esta vez metamorfoseado bajo las temáticas de la integración social, la sociedad moderna, la industrialización y la sustitución de importaciones representadas respectivamente por las concepciones antropológicas, sociológicas y económicas.

El punto de partida de Prebisch y del cepalismo es la crítica a la teoría tradicional del comercio exterior y de las ventajas comparativas, relativa a la especialización de la división internacional del trabajo que obliga a determinados países a convertirse en productores

y abastecedores de materias primas. De esta división resultan dos consecuencias negativas para América Latina. Una es el deterioro de los términos del intercambio (materias primas más baratas, frente al alto precio de los productos industriales). La otra, la división del mundo en países centrales y periféricos. Estos elementos sirven de base para explicar la urgencia del proceso de industrialización.

El cepalismo suponía que el crecimiento económico de América Latina no podría mantener su ritmo sin el impulso generado por el proceso industrializador. Esto era fundamentalmente así, sobre todo para aquellas ramas o sectores que requerían para su ampliación de un índice muy elevado de importaciones con altos costos en divisas. La industrialización era una necesidad ante el deterioro de las condiciones de intercambio entre centro y periferia, beneficioso siempre para el primero.

La industrialización permitiría entonces la sustitución de importaciones y crearía nuevas fuentes de empleo, extendiendo así su influencia modernizadora a grupos sociales insertados hasta ese momento en la sociedad tradicional. Además, debía crear una serie de eslabonamientos entre diferentes ramas y sectores productivos traducibles en una reducción de los insumos de importación.

Ante la ausencia de un empresariado nacional dinámico y progresista que promoviera el proceso de industrialización, los teóricos de la CEPAL pusieron sus esperanzas en el Estado. Este fue visto como el principal sujeto político-económico de los procesos que tenían lugar. El Estado debía impulsar la industrialización, proyectarla a largo plazo y proteger las producciones nacionales, en un inicio, frente a los productos de los países centrales.

Aunque las expectativas de la CEPAL en torno a la industrialización o se cumplieron de acuerdo a lo previsto por ella, esto no significa que no se hubiese realizado. La industrialización se llevó a cabo en diferentes naciones del continente y tuvo consecuencias

contrarias a las esperadas. No logró una reproducción ampliada de la industrialización en todas las ramas y sectores de la economía susceptibles de ser incorporados al proceso. Por el contrario, se concentró en enclaves dependientes del exterior con muy poca influencia sobre el conjunto de las relaciones sociales. Tal vez por eso mismo no pudo satisfacer la demanda creciente de nuevas fuentes de empleo, ni extenderse sobre las relaciones sociales “atrasadas”. En vez de esto, la modernidad desustanciada que produjo, creó nuevos focos de marginalidad y miseria.

Un análisis de los errores y limitaciones que condujeron a la CEPAL a su colapso teórico no puede ser emprendido en los marcos de este trabajo. Tampoco es posible realizar un estudio de sus consecuencias teóricas inmediatas con la aparición de teorías alternativas, en tanto el mismo merece ser objeto de investigación por sí mismo. Cabe apuntar además que el análisis del cepalismo, con sus alcances y faltas, se encuentra parcialmente realizado por diferentes autores, tanto desde una perspectiva autocrítica iniciada por el propio Prebisch, como por los teóricos de la dependencia y los neoliberales.

Al respecto resulta de sumo interés lo planteado por Fernando Mires sobre las ramas del desarrollismo, después del colapso teórico de la CEPAL. En *El discurso de la miseria*, Fernando Mires escribe:

El colapso teórico de la CEPAL permitió a su vez, con relación a las tesis originarias, se alinearan cuatro tendencias teóricas. La primera la llamaremos tendencia reincidente. La segunda que es la tendencia de izquierda, está representada fundamentalmente por la teoría de la dependencia de los años sesenta y setenta. La tercera, que es la tendencia de derecha, y que tuvo su auge durante la década de los 80, está representada por los teóricos neoliberales o monetaristas. La cuarta, que cobra auge en los años 90, es la tendencia pragmática posliberal, que busca realizar una síntesis entre el desarrollismo cepalino y el neoliberalismo. Estas son, en cierto modo, las cuatro ramas principales del árbol del desarrollismo latinoamericano (Mires, 1993).

En líneas generales comparto lo expresado por este autor. No obstante, considero conveniente realizar las siguientes observaciones. En primer lugar, la ubicación de la teoría de la dependencia como una tendencia de izquierda homogénea simplifica la diversidad y colorido teórico de la misma. En su interior se dieron al menos dos tendencias bien diferenciables. Una politizada o influida por la revolución cubana, interesada en explorar las posibilidades de la revolución como punto de partida para romper con la dependencia (G. Frank, Dos Santos, Caputto, Ruy Mauro Marini, etc.). Otra más técnica y hasta cierto punto menos politizada, que insistía en la posibilidad real de situaciones de dependencia con desarrollo capitalista circunscrito (Cardoso y Faletto).

Una segunda cuestión es la clasificación del neoliberalismo como desarrollista. Es cierto que las teorías neoliberales persiguen también el crecimiento económico y se rigen por una lógica evolutiva y sacrificial que privilegia lo económico por encima de lo humano. Pero la manzana de la discordia está en la industrialización, que los neoliberales dejan en manos de los capitales extranjeros, más interesados por lo regular en la inversión de los productos primarios que en la promoción de procesos industrializadores. El desarrollismo hacía del crecimiento económico una de sus metas; la otra era alcanzar el desarrollo por medio de la industrialización. Su obsesión era hacer eficiente a la industria, lograr la eficiencia económica en función del desarrollo. El neoliberalismo también quiere la eficiencia, pero al centrarla en las producciones tradicionales de los productos primarios, su tarea es la de hacer eficiente al subdesarrollo.

El balance de los avances y retrocesos de la modernidad y del pensamiento adscrito a ella durante los últimos doscientos años permite concluir que la misma se ha comportado en América Latina como carente de sustancia o, mejor expresado, como una modernidad bastarda. Como tal tiene compromisos y deberes con sus progenitores sin que, en cambio, pueda disfrutar de los beneficios y

derechos de la legitimidad. El camino hacia la modernidad parece confirmar la tesis de Nietzsche sobre el eterno retorno. En el siglo XIX los gobiernos fuertes y dictatoriales justificaron su tiranía con el pretexto de ser garantes de la civilización y el progreso. Las dictaduras militares del siglo pasado, haciendo abstracción de sus diferencias con sus homólogas decimonónicas, también justificaron el ejercicio de su poder coercitivo presentándose como defensoras de la modernidad y el desarrollo. El impulso más alto en la construcción del milagro brasileño se alcanzó precisamente bajo la égida de gobiernos militares *de facto*. El neoliberalismo, tan en boga en estos días, encontró en Chile y Argentina bajo las dictaduras de Pinochet y la Junta Militar, respectivamente, un verdadero laboratorio social para su experimentación práctica.

Por su parte, el pensamiento modernizador, civilizatorio primero y desarrollista después, partió de una concepción evolutiva y lineal de la historia que lo introdujo en un laberinto que parece no tener salida. De la interlocución de la Ilustración y el Romanticismo con el liberalismo, que se tradujo en un liberalismo libertario en las primeras décadas del XIX, funcional a la independencia y la emancipación mental, se transitó a una nueva interlocución con el Positivismo y el Espiritualismo que produjo un liberalismo del orden y el progreso funcional al establecimiento de un nuevo orden colonial. En el siglo XX encontramos una situación similar, pues de un desarrollismo de corte estructuralista conectado a los nacionalismos populistas, funcional a los procesos de industrialización, se transitó a un neoliberalismo conservador que, en nombre de la modernidad y el crecimiento económico, perpetúa el subdesarrollo.

La segunda gran aportación de la independencia fue la deslegitimación de la condición servil y la esclavitud y se alcanzaron victorias contra las mismas. Si bien es cierto que la abolición de la esclavitud y de la servidumbre fue una indudable conquista al quedar deslegitimada en las declaraciones de independencia de las

emergentes naciones insurgentes, esta no se alcanzó al mismo tiempo en todas. En algunas el proceso fue casi inmediato, en otras fue más lento y no sin luchas sociales reivindicativas de los derechos ciudadanos. En definitiva muchas veces dependió de las posibilidades del Estado para encontrar fuentes de financiamiento alternativas que le permitieran suprimir la servidumbre y el tributo indígena como vías de ingreso a las arcas estatales. En Brasil y Cuba potencias plantacionistas del área, la abolición de la esclavitud se produjo sólo bien avanzada la segunda mitad del siglo XIX. En la primera, la abolición se alcanza después del establecimiento de la República y en la segunda como consecuencia de los efectos de la llamada Guerra de los 10 años que concluyó sin que los cubanos alcanzaran la independencia de la metrópoli española.

Pero si la supresión de la esclavitud y la servidumbre recorrieron un camino escabroso y no exento de dificultades, aunque en definitiva exitoso, no puede decirse lo mismo del patrón y modelo racial colonial que se mantuvo después de la independencia. De acuerdo con Aníbal Quijano en América Latina, precisamente al término de las guerras llamadas de Independencia, se produjo la paradoja histórica más notoria de la experiencia latinoamericana: la asociación entre Estados independientes y sociedades coloniales, en todos y cada uno de nuestros países al primar en cada uno de ellos un patrón de dominación racial que privilegiaba a los blancos minoría que detentaba el poder, en detrimento de los derechos y la igualdad de las amplias mayorías de negros indios y mestizos. Esa asociación, aunque sin duda resquebrajada y confrontada de modo permanente, no ha dejado, sin embargo, de presidir las relaciones sociales y estatales de toda América Latina.

Por último, dieron inicio al proceso de conformación de identidades nacionales, con intereses coincidentes en el rechazo al colonialismo y se pensaron a sí mismas como partes de un conjunto con intereses e identidad compatibles a pesar de las diferencias.

Cabe anotar que el pensamiento independentista no se comportó de manera homogénea. El proceso emancipador se encontró ante el dilema de alcanzar la mera independencia política o realizar profundas y revolucionarias transformaciones estructurales (Guerra, 1993). La oligarquía bonaerense con Cornelio Saavedra a la cabeza, la aristocracia mantuana en Venezuela y los movimientos conservadores de la Nueva España (México) liderados por Agustín de Iturbide, fueron expresión palpable de la primera tendencia. Bolívar, Hidalgo, Morelos, Artigas, Mariano Moreno, entre otros, encauzaron las aspiraciones de los sectores medios progresistas y las masas populares. Ellos no sólo lucharon por la emancipación política, sino también por una amplia redistribución agraria y la liquidación de las relaciones precapitalistas fundadas en la servidumbre y la esclavitud.

Problemas nada intrascendentes como el de una nueva denominación para las tierras liberadas, acompañaron los esfuerzos en aras de la independencia. Jefes militares y políticos de la talla de Francisco de Miranda y Bernardo O'Higgins llamaron Colombia a la América española y proyectaron su unidad futura. Con el cambio de denominación pretendieron rectificar una jugada injusta de la historia y junto al homenaje a su real "descubridor" significar el carácter nuevo de las naciones independientes.

Bolívar, por su parte, restringió el término a la unión republicana de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Sin embargo, el sueño de la unidad de Hispanoamérica se encuentra indisolublemente asociado a su pensamiento y acción. En Simón Bolívar la conciencia de unidad hispanoamericana fue una convicción y una profesión de fe que se puso de manifiesto desde los inicios de la lucha. En su célebre Carta de Jamaica expresó su deseo de ver formada en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza, que por su libertad y gloria. Entendió que este ideal resultaba inalcanzable y encaminó todos sus esfuerzos al establecimiento de una confederación de naciones libres.

El propósito del Libertador culminó con la convocatoria, lanzada desde Lima en 1824, para la reunión de un congreso en Panamá al que concibió como un organismo permanente. Bolívar le atribuyó al Congreso funciones específicas, encaminadas a la convivencia pacífica y la unidad interna, así como el establecimiento de una alianza defensiva que consolidara la independencia e impidiera la reconquista o nuevas aventuras de dominación colonial por parte de las potencias extranjeras.

Concertada en 1826, la reunión anfictiónica de Panamá no alcanzó los frutos esperados; los tratados celebrados en su seno no serán ratificados. Los intereses regionales contrapuestos, las desconfianzas mutuas entre los gobiernos de las naciones emergentes, la falta de visión política de los dirigentes americanos, la injerencia extranjera, la inestabilidad política, que subsistirá durante décadas, y la ausencia de nexos económicos fuertes y estables entre las antiguas colonias de España son, entre otros, los factores que incidieron en el fracaso de la empresa bolivariana. Cabe apuntar que Bolívar sentó las bases de un programa de unidad que, con reformulaciones, sería retomado de continuo a lo largo de la historia latinoamericana.

Alcanzada la independencia se desataron fuerzas centrífugas que hicieron desaparecer las alianzas alcanzadas. Los intereses locales se impusieron a la racionalidad de la unidad. La Gran Colombia, el otro proyecto de Bolívar, se desintegra ante sus ojos sin que pudiera hacer algo para impedirlo. Se abre entonces un período de hondos conflictos sociales, de anarquía política, de retrocesos económicos y de guerras civiles. Enfrentamiento polar entre una visión conservadora, defensora del orden colonial, esta vez sin la metrópoli, y el ideal modernizador del liberalismo, que aspira a la construcción de sociedades modernas incorporadas al mundo civilizado. Conflicto entre la civilización y la barbarie que recorrerá todo el siglo XIX y se prolonga hasta nuestros días con los conceptos de modernidad y tradición, desarrollo y subdesarrollo.

No obstante, tres cuestiones me parecen fundamentales en torno a los aspectos novedosos de carácter emancipatorio y anticolonialista logrados con la independencia.

En primer término se exigió y conquistó la independencia estableciéndose con ello un grupo de Estados soberanos, al menos desde el punto de vista político. En segundo lugar se logró la deslegitimación de la condición servil y la esclavitud y se alcanzaron victorias en contra de las mismas. Por último dieron inicio al proceso de conformación de identidades nacionales, con intereses coincidentes en el rechazo al colonialismo y se pensaron a sí mismas como partes de un conjunto con intereses e identidad compatibles a pesar de las diferencias. Fueron precisamente la política y las ideas revolucionarias de los principales líderes de la independencia los que permitieron, por primera vez en nuestra historia, proyectar la utopía de la integración y avanzar hacia la misma y la identidad de lo que hoy llamamos América Latina.

Aunque la realización de la integración de las naciones emergentes no se llevó a feliz término, lo que sorprende a lo largo de la historia de nuestra región es la persistencia de la utopía de la integración latinoamericana. La conciencia de la unidad latinoamericana perdió vigor y consistencia en la práctica y teoría de la organización nacional desarrollada después de la independencia por conservadores y liberales, pero no desapareció. La misma quedó grabada en la memoria de clases, grupos sociales e individuos que continuamente retornan a su fuente para apropiarse y reinterpretar bajo nuevas condiciones el sueño bolivariano.

Esa conciencia hispanoamericana se agudiza frente a los atropellos del expansionismo norteamericano o las reiteradas agresiones europeas. Es cierto que en no pocas ocasiones ha revestido sólo formas retóricas o meramente declarativas, no deja de asombrar sin embargo su persistencia.

El imperativo de preservar la independencia fue el factor que permitió que en sentido general, conservadores y liberales tuviesen una clara conciencia de los peligros que entrañaban las ambiciosas intenciones de las potencias para las soberanías de los nacientes estados. No sólo se tuvieron en cuenta las amenazas directas e inmediatas a la integridad física del poder político, sino que también algunos de ellos advirtieron los riesgos que representaba la creciente subordinación económica para el desempeño efectivo de las soberanías en proceso de formación. Desde luego, algo distinto resultaba cuando intentaban enfrentar esas potencias alienantes debido a las limitaciones que sus bases de sustentación social le imponían a las políticas diseñadas al respecto.

El máximo exponente teórico del conservadurismo mexicano, Lucas Alamán, sirve de modelo a los efectos de conocer las contradicciones de esta corriente política y su postura inicial en relación con la unidad de Hispanoamérica. Diputado a las Cortes españolas, secretario del exterior durante varios gobiernos después de la independencia, administrador general de los bienes de la Iglesia durante un tiempo, Alamán quería desde su posición política conservadora, reconciliar lo irreconciliable: el mantenimiento de los privilegios clérigo-aristocráticos con el desarrollo económico. Es conocido que el mexicano apoyó decididamente el Congreso de Panamá. Después del fracaso de este, acompañó el proyecto industrializador del Banco de Avio que él encabezaba, con renovados empeños de confederación hispanoamericana. Como secretario de Estado de Relaciones Exteriores desarrolló un activismo loable en función de reactivar el congreso bolivariano y hacer cumplir sus acuerdos. En una circular enviada a los gobiernos de Hispanoamérica subraya como una de las causales del poco éxito alcanzado por el congreso “la presencia de agentes de potencias que de ninguna manera estaban interesadas en que el proyecto saliera adelante” (Alamán, 1942).

Aunque otros conservadores como Diego Portales o Manuel Bulnes mantuvieron una actitud similar, el proyecto bolivariano sobre la unidad de nuestra América tuvo una vida efímera en el pensamiento conservador. A partir de que las reformas liberales triunfaron, pretendieron el protectorado de monarquías europeas asumiendo una actitud antiamericanista y antinacional. Lo ocurrido en México es lo más conocido, pero no el único caso. Conviene recordar las actitudes de Rafael Carrera en Guatemala, Pedro Santana en Santo Domingo o Juan José Flores y Gabriel García Moreno en Ecuador.

Por su parte, el liberalismo suma enormes esfuerzos en la realización de la unidad latinoamericana. Desde el punto de vista de su proyección política y económica nada conspiraba contra el pensamiento de una confederación hispanoamericana. Como sus objetivos descansaban en la creación de un mercado nacional y la erradicación de las relaciones precapitalistas, no se hallaba limitado como el conservadurismo a intereses de clase vinculados a la producción esclava o servil con sus consecuentes zonas económicas locales. Ningún obstáculo impedía que a nivel espiritual se ideara la posibilidad de extender a toda la Hispanoamérica proyectos concebidos a una escala más reducida de carácter nacional.

Del liberalismo saldrán una parte importante de los proyectos, programas y ensayos políticos y culturales más vigorosos del siglo XIX sobre la unidad del subcontinente. Es precisamente en los escritos de Bilbao o Torres Caicedo donde por primera vez se usa el término de América Latina como una forma de diferenciar y contraponer culturalmente lo latino a lo sajón de la otra América. Pero el liberalismo no era una corriente homogénea y en su seno coexistían tendencias que asumen posturas diferenciadas y hasta opuestas. Esto aclara por qué en la medida que declina su carácter progresista, los sectores moderados que lo integran, apoyados por comerciantes librecambistas y hacendados monoprodutores, se interesan cada vez más por una alianza con Estados Unidos.

El elemento más vital de esta corriente se encuentra en la tendencia demoliberal, que asociada a la pequeña burguesía y las clases medias, rescata la tradición bolivariana de la alianza entre las antiguas colonias de España. Es por tanto el demoliberalismo el más interesado en salvar el abismo que existía entre las repúblicas, disociadas y enfrentadas entre sí, y la unificación latinoamericana. En conclusión, es la continuidad de una utopía que no dejaba de encontrar nexos con la realidad para realizarse y que se expresaba en nuevos y diferentes rostros.

Es Francisco Morazán luchando por la restauración de la unidad de Centroamérica, o el joven Alberdi que en la “Memoria sobre la conveniencia y objetos de un congreso general americano” de culminación política a un latinoamericanismo cultural que se expresa en la fórmula de autenticidad y la emancipación mental. Fórmula que el propio Alberdi aplicará años más tarde en sus *Ideas para presidir a la confección de un curso de filosofía contemporánea*.

Es también el clamor de Francisco de Bilbao que propone crear una Universidad latinoamericana con ideas que anticipan a Martí. Ese Bilbao que clama por la unidad de la América Latina, ante la barbarie que se impone en el norte. Lo mismo puede decirse de José María Samper y Gonzalo Tavera proponiéndose el restablecimiento de la Gran Colombia, o de Torres Caicedo y su poema “Las dos Américas” y de Justo Arosemena y su ensayo sobre la liga americana.

En general, el latinoamericanismo continuó expresándose política y culturalmente, pero ya en las últimas décadas del siglo XIX tuvo que enfrentar la creciente oposición de diferentes sectores económicos y políticos admiradores del poderoso vecino del norte y contrarrestar a su vez la política estadounidense, que con la emergencia del imperialismo buscaba, encabezada por Blaine, una unión favorable a sus intereses. Es en el Caribe hispano, todavía bajo dominio de la Metrópoli, donde aparecen las propuestas de unión latinoamericana más importantes.

La presencia del anexionismo y la amenaza siempre creciente que se cernía desde el norte estimularon una renovadora teorización del latinoamericanismo que apelaba por igual a gobiernos y a pueblos del continente, alertándolos de los peligros que acechaban a esta parte del continente. Principales representantes de este bolivarismo fueron Eugenio María de Hostos y José Martí.

Nacido en Puerto Rico, Hostos desarrollará un periplo latinoamericano llamando a gobiernos y organizaciones sociales a que repararan en la necesidad de la unión. En no pocas ocasiones utilizará la denominación de “Colombia” para designar a nuestra América, rindiéndole con ello tributo a la figura de Miranda.

Por su lado, el cubano José Martí desarrolló un ideario humanista de profundo contenido social que buscaba el rescate de la dignidad plena del hombre y que se expresó en tres direcciones fundamentales: independentismo, latinoamericanismo y antiimperialismo. En su caso el acercamiento espiritual a nuestra América se iba acentuando en la medida en que su comprensión de esa realidad se hacía más completa, para lo cual jugó un importantísimo papel su percepción de la realidad norteamericana, pues esto completaba la imagen de los problemas continentales. También la independencia de Cuba tomaba una nueva dimensión al ubicarla en el contexto continental.

Al estudiar las causas de los problemas internos de nuestra América formula la idea de que el problema consistía en que la colonia continuó viviendo en la república, adelantándose a la formulación de Mariátegui. Para resolver este problema había que contar con el indio, el negro, el campesino, había que actuar con los elementos naturales y ajustar la forma de gobierno a la constitución del país sin calcos ajenos a su realidad. A diferencia de Sarmiento, piensa que no existe una batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. Sus principales ideas al respecto, las condensa en “Nuestra América”, en donde también expone un pro-

grama de acción que tiene como ideal central la unidad. En este ensayo nos dice: “Los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas. Es la hora del recuento y de la marcha unida” (Martí, J. 1963 p. 22).

El análisis profundo de la realidad norteamericana le permitirá identificar los resortes de esa sociedad, reconociendo algunos de los factores claves del proceso económico de los estados Unidos. Martí va comprendiendo el entrelazamiento de los intereses económicos con la acción política, lo que a su vez le permite observar la tendencia expansionista de ese país.

La celebración en Washington de la Conferencia Internacional Americana y de la Conferencia Monetaria Internacional entre 1889 y 1891 sería ocasión propicia para expresar sus consideraciones:

Jamás hubo en América de la independencia a acá asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos para ajustar una liga contra Europa y cerrar tratos con el resto del mundo... después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad que ha llegado para la América española la hora de aclarar su segunda independencia (Martí, J, 1963 p. 46).

Martí aspira a que Cuba y Puerto Rico entonen las últimas estrofas del himno de la emancipación latinoamericana. Para cumplir ese objetivo funda en 1892 el Partido Revolucionario Cubano y cae finalmente en lucha por la libertad el 19 de mayo de 1895.

En carta inconclusa a su amigo Manuel Mercado le confiesa que su misión es impedir con la independencia de Cuba, que los Estados Unidos se extiendan por nuestras tierras de América. Los

temores que el Apóstol abrigaba se hicieron realidad en 1898 cuando los Estados Unidos intervienen en la guerra de independencia cubana. Derrotada España se apodera de Puerto Rico y le imponen a Cuba la oprobiosa Enmienda Platt. El 98 dio paso en realidad a una nueva época, la época del Panamericanismo.

El predominio del Panamericanismo no ha significado la desaparición del ideal latinoamericano, que ha permanecido en la conciencia colectiva, en el espíritu y la cultura de los pueblos al sur del río Bravo. José Enrique Rodó lo retoma cuando enfrenta la latinidad a la nordomanía, Vasconcelos lo tiene en cuenta cuando anticipa la “Raza Cósmica”, Sandino lo retoma cuando considera como inaplazable la alianza ante la política imperialista de Estados Unidos que “pasa sin respeto alguno sobre los incommovibles principios de independencia de las fracciones de la Nacionalidad Latinoamericana”, (Sandino, 1979) y Ernesto Che Guevara la hace suya cuando usando el derecho de réplica en la Asamblea General de las Naciones Unidas declara: “Soy cubano y también soy argentino y, si no se ofenden las ilustrísimas señorías de Latinoamérica, me siento tan patriota de Latinoamérica, de cualquier país de Latinoamérica como el que más” (Guevara, 1989).

La persistencia del sueño de unidad latinoamericana nos indica la parcialidad de su fracaso. Como son sabidas las utopías alimentan la cultura espiritual de los pueblos y forman parte de la historia, junto a la economía, las relaciones sociales de producción y la superestructura político-jurídica. La historia de las ideas, de las mentalidades, de las ideologías, nos alecciona a su vez como en no pocas ocasiones, la realidad presente es fruto de un sueño que sirvió de inspiración en la lucha por transformar lo existente.

La integración hoy, posibilidades y perspectivas

Es un hecho incontrovertible que los impredecibles cambios que sufre el mundo desde fines de la década de 1980 afectan a todo

el continente y de manera especial, por su debilidad económica y estructural a América Latina y el Caribe. De un modo u otro, los países del área se encuentran conectados política y económicamente con los protagonistas principales de estos cambios, y han sufrido en mayor o menor medida sus consecuencias.

Acontecimientos como el colapso del socialismo de Estado en Europa oriental con su corolario lógico con la desaparición de la URSS, la declinación del poder económico de los Estados Unidos, el fortalecimiento de la Unión Europea y el crecimiento del papel económico de diferentes naciones asiáticas en donde sobresale el sorprendente crecimiento de China, trazan las pautas a las modificaciones políticas y económicas que se operan en las relaciones globales.

Con el fin de la Guerra Fría emergen con mayor fuerza una serie de contradicciones que se encontraban reprimidas en la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La formación de grandes bloques económicos y la concentración de un enorme poder económico y tecnológico en las naciones desarrolladas, profundizan la brecha entre un norte inmensamente rico y poderoso y un sur cada vez más pobre. El cambio de paradigma tecnológico con las revoluciones científicas en el campo de la microelectrónica, la biotecnología, los nuevos materiales y la fotónica, y el modelo económico neoliberal con una absolutización de la especulación financiera agudiza en extremo esta contradicción al propiciar la desmaterialización creciente del proceso productivo.

A su vez, la pérdida relativa de poder económico de los Estados Unidos, provocada por la disminución de su competitividad tecnológica, su endeudamiento gigantesco y su enorme presupuesto militar, lo obligan a un necesario reajuste macroeconómico que le permita ampliar su capacidad de competencia ante Japón y la Unión Europea. Este ajuste, al margen del 11 de septiembre y su declarada vocación de gendarme mundial con las invasiones a Afganistán e Irak,

pasa también por la reformulación de su política económica hacia la América Latina y el Caribe con el fin de crear un enorme mercado regional. De esta necesidad se han derivado diferentes experimentos expresados, primero por el TLCNA, y después por la iniciativa para la Cuenca del Caribe, el ALCA y la firma de TLC con diferentes naciones.

Estos procesos inciden de muy distintos modos sobre América Latina y el Caribe y suponen nuevos desafíos para los países latinoamericanos y caribeños a partir de las transformaciones estructurales producidas y la recomposición de las relaciones económicas internacionales. Es un hecho que hasta el momento, América Latina y el Caribe no han podido sustraerse a su condición de área de segunda clase subordinada por completo a los Estados Unidos.

Cabe preguntarse sin embargo, si con las nuevas coyunturas históricas y económicas se crean condiciones para que América Latina y el Caribe se incorporen a los proyectos integracionistas sobre la base de intereses y beneficios mutuos, o si por el contrario continuarán jugando su papel de apéndice económico de los Estados Unidos.

Todo parece indicar que para los países del área se abren diferentes opciones. Una de ellas depende de la capacidad de los países que componen a la América Latina y el Caribe para actuar de manera unida y coordinada, ya sea como un todo o mediante agrupaciones que integren a varias naciones. Sobre todo desde finales del siglo pasado y principios del presente América Latina ha experimentado procesos políticos en extremo interesantes que favorecen aún más las alternativas frente a una imposición hegemónica norteamericana. La crisis del modelo neoliberal en Argentina y otras naciones del continente, el arribo de movimientos nacionalistas y de izquierda al poder en varios países sudamericanos, encabezados por el proceso revolucionario que tiene lugar en Venezuela, conforman un cuadro político diferente al de los años 80 y principios de los 90. Por esta vía reaparece acicateado por los imperiosos dictados de la nueva época, el sueño de la integración.

Dadas las características del mundo actual resulta en extremo difícil que la utopía de la integración latinoamericana pueda realizarse plenamente, pero su concreción parcial no solo es factible, sino que puede llevarnos a un rumbo diferente al trazado para nuestros países por el primer mundo, especialmente los Estados Unidos. Lo anterior no niega que los Estados Unidos y su política para la región constituyen un factor de enorme peso que tiene que ser considerado. Pero con la coyuntura actual aparecen diferentes opciones para América Latina y el Caribe y que pueden resumirse en tres de carácter fundamental:

1. Fortalecer los mecanismos de integración subregional ya existentes como MERCOSUR, Mercado Común Centroamericano, Asociación de Estados del Caribe, Asociación, etcétera, sin renunciar a los vínculos con los Estados Unidos y otras potencias económicas.
2. La aparición de la Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe ALBA ha dado pasos firmes en un proceso alternativo de integración en donde no sólo se persigue el beneficio económico sino también la satisfacción de necesidades sociales como educación y salud de amplios sectores de la población de las naciones miembros.
3. La posible entrada de Venezuela al MERCOSUR y la creación por esta de Petrocaribe y Petrosur son factores que refuerzan la integración latinoamericana y caribeña y favorecen de manera indirecta el proyecto del ALBA.

Esta integración latinoamericana y caribeña, si logra funcionar de manera efectiva y dejar atrás los buenos deseos y la retórica de los políticos, permitirá establecer una complementariedad económica por medio de los mercados regionales y las producciones conjuntas, que los colocaría en mejores condiciones para enfrentar el mercado norteamericano. Además, estas asociaciones deben valerse del cambio

de las reglas de juego y aprender cómo aprovechar las fracturas en las contradicciones que de manera creciente se irán produciendo entre Europa, Japón y los Estados Unidos utilizándolas para obtener tratos más justos y equilibrados.

Una condición necesaria para el éxito posible de las alianzas integracionistas subregionales es el cambio de las políticas socioeconómicas internas. La continuidad de las políticas neoliberales sólo conduce a la depauperación de la población y a la agudización de la crisis que atraviesa la región; factores que llevan a una acelerada inestabilidad política. La combinación del mercado con el estado benefactor, al estilo europeo y la implementación de procesos de capitalización mediante asociaciones de capital privado y estatal pueden devenir en una posible solución a estos problemas.

Referencias

- Alamán, L. (1942). *Obras*, Tomo I. México.
- Guerra, S. (1993). *El dilema de la independencia. Las luchas sociales por la emancipación (1790-1826)*. Michoacán: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Guevara, E. “. (1989). *Educación y hombre nuevo*. La Habana: Editora Política.
- Habermas, J. (1990). *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*. Madrid: Tecnos.
- Martí, J. (1963). *Congreso Internacional de Washington*. Obras completas. Editorial Nacional de Cuba. La Habana.
- Martí, J. *Nuestra America*. Obras completas. Editorial Nacional de Cuba. La Habana.
- Mires, F. (1993). *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*. Nueva Sociedad .
- Sandino, A. C. (1979). Plan de realización del supremo sueño de Bolívar. Alero , 95.